

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción. Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorete, 14, rue Rongcom; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem-Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

CARPENTIER, EL VENCEDOR

Tiene apenas una veintena de años. Es alto, lampiño, estatuaria, como un adolescente de los juegos olímpicos. Las multitudes lo admiran ya. Los ojos hechiceros de Georgette Leblanc, le han consagrado miradas maternales. La barba asiria de Tristán Bernard, ha temblado ante él, como ante un idolo. Las manos más enojadas, más blancas, más pulidas, han aleteado para él sus aplausos, durante una noche caleturienta de Mónaco. Los periódicos del boulevard y las revistas aristocráticas, han multiplicado su retrato. ¿Es un poeta prodigioso, capaz de despertar con la música de sus rimas las bandadas de ensueños que reposan en todas las almas? ¿Es un explorador de tierras polares, portador del secreto de las noches interminables, llenas de estrellas que tiemblan de frío? No. ¿Es sencillamente un hombre que sabe idear y aplicar los más hábiles y formidables puñetazos del mundo. No sé si esto suscitará vuestra ironía. En cuanto a mí, francamente y seriamente, confieso que le admiro también. Viéndole anoche, flexible y ágil, intimidar primero y abatir después a su negro y demoníaco adversario; mover los músculos con la precisión de un tigre; eludir los ataques con una elasticidad felina; ser audaz y armónico y fuerte y bello, tuve la intuición de lo que esta desgraciada especie humana sería, con una educación física que comenzara en una generación, para al canzar sus fines en generaciones posteriores.

¿Se os ha ocurrido alguna vez, instalados en lugar céntrico de una ciudad moderna y populosa, contemplar durante un rato los rostros de los transeúntes? Pasan millares y millares; todos tienen una fácil caricatura, un rasgo, un gesto, un ángulo deformado. El mentón, la nariz, se desvían del trazado clásico. Y sobre la armadura ósea los rostros son máscaras en las que todos los dolores, todos los anhelos, todas las preocupaciones de los 'antes-pasados', parecen haber dejado una leve huella, una inmovilidad, una peregrinidad que los separa indefinidamente del arquetipo de bellas serenas y pura. Junto al de las mujeres adora-

das en nuestro tiempo, el rostro viviente y animado de la Venus de Milo, sería de una simplicidad espiritual desoladora. Las almas han crecido desproporionalmente. V estas pobres máquinas de arcilla que las guardan se han resquebrajado sin duda. El personaje de Jean Lovialu, que encontraba semejanza entre las fisonomías de las gentes y las cabezas de ciertos animales, no hacía más que sistematizar una observación que aisladamente todos vemos alguna vez. La belleza que naturalmente debería ser patrimonio de toda la especie, es una selección trágica. Las mujeres y los hombres bellos, son seres aisladamente escapados al castigo general. Las industrias, la vida intelectual, las preocupaciones económicas, la angustia del vivir moderno, van marcando sobre los cuerpos y sobre las caras, su presencia. Podemos serlo todo, menos ecuanímenes. Aun los hombres más brutales se mu ven en la vida por una serie infinita de motivos, de los que solo una pequeña parte se refiere a necesidades físicas. Aun las gentes más egoístas cuentan en su activo una cantidad enorme de valores espirituales. El orgullo, la ambición, el deseo de poder, son fuerzas espirituales que han torcido su camino. ¡Qué lejos estamos del hombre inocente de los días primeros del mundo cuya alma pueril, era como una florecilla naciente, llena de un religioso pasmo, ante el misterio sideral, ante el soplo del viento, ante la fantasmagoría del ensueño, ante la imagen del árbol reflejada en el cristal del agua! Y este hombre era bello y fuerte sin duda: podía luchar con las fieras por su musculatura; desafiar la intemperie con una simple piel de lebo, caminar por las montañas y por las llanuras en largos éxodos.

¿Qué tiene que ver con eso Carpentier—me diréis. Pero es que Carpentier es, ó representa, el retorno de este muñeco intrínseco y presuntuoso que ahora es, al magnífico y casto animal que debería ser el hombre. Tiene la serena alegría de los héroes de Homero. Su mirada es leal y diáfana. Entre la muchedumbre, atormentada por una curiosidad maligna, que asiste a los combates, sólo él conserva la

tranquila confianza de los atletas y de los niños. Las ropas simples de nuestra época, parecen pesar en sus hombros amigos del agua y del aire. Cuando aparece en el tablado, ante los aficionados con monóculo, diríase el Discóbolo entre los maniqués ridículos de un sastre. Su jovial apretón de manos es imponente, como los juegos de un león. Es todo él un himno hecho carne, a la salud, a la fuerza, a la alegría del vivir originario, sin complicaciones ni sentimentalismos. Es el hombre primitivo y lógico, dueño de su cuerpo, maestro de energías, apto para la lucha con la Naturaleza, lleno de vitalidad y de optimismo. No es modesto; esta es una virtud académica: es sencillo é ingenuo como un pastor que no hubiera presenciado las sutilezas y los piélagos del mundo.

Estaba, en su infancia, destinado a las minas de carbón. Su redención tiene algo de mitología: ahora gana doscientos mil francos, ó año. Y en su indumentaria y en su atavío, conserva la simpática simplicidad de los muchachos ingleses, que á veces desembarcan en nuestros puertos, musculosos y tímidos.

Es doloroso que los tiempos presentes—de economía social, de comediantes, de acorazados y de pornografías—no permitan hacerle héroe de un poema saturado de castidad y de entusiasmo. Creo que Maetelink, ha debido escribir un elogio del boxeo pensando en él. Yo que soy víctima de una educación exclusivamente intelectual y sentimental, que encuentro motivos de llanto en todas las cosas y que jam's lloro para eludir mis propias crónicas, yo que soy un espíritu analizador, acobardado y vacilante en medio de la vida, quiero poner mi mano de laurel a los pies de este adolescente atleta que venciendo á todos esos adversarios, nos da una gran lección de fuerza y, absteniéndose de sondear el Misterio que nos envuelve, una lección de humildad más grande todavía...

Juan PUJOL.

S. M. el Rey y el Club de Regatas

En contestación al telegrama dirigido á Palacio por el Excelentísimo Sr. Comandante general del Apostadero ha recibido el Vicealmirante Sr. Cano Manuel el siguiente:

«Cartagena-Madrid Palacio Real-Jefe Casa Militar de S. M. á Comandante General Apostadero.

S. M. ordena saludé en su nombre á V. E. autoridades, socios é invitados inauguración Club Regatas.»

HOJAS SUELTAS

De Gasset

Es un caso corriente en la política española: Un político llega y sube, apoyándose donde puede y como puede: todos los escalones se pueden pisar, la cuestión es subir, y subir pronto. Mientras sube, sus ideas se acomodan al medio ambiente y acoge sonriendo todas las impurezas que le salen al paso. El político medra, come y mientras come, calla, caía en todo, en lo grande, en lo substancial, en lo pequeño, en lo nimio, su moral es *comer, triunfar* y lucir la casaca de Ministro. El Ministro cae, y cae solo, arrojado, sin prestigio, entre las burlas de una cámara, que celebra la vacante. El ministro siente la bofetada de la derrota y se encrespa, se acuerda de sus tiempos de periodista y pone cátedra de moral contando las *miserias* que aprendieron los despachos oficiales. Habla contra la guerra, con voces llenas de amor para la industria, para la agricultura, y hace unos meses aplaudía desde el banco azul, los himnos guerreros del Presidente del Consejo.

El pueblo me, la opinión juzga, y escucha los artículos de Gasset, como el murmurar de un pobre á quien no hemos podido socorrer.

X. Y.

LA FEA

A un lado del salón, arrinconada, de todos olvidada, inadvertida, está la pobre fea avergonzada de no verse por nadie pretendida.

¡Su pobre corazón cuánto ha sangrado en esta noche alegre y bullanguera...! ¡Sus ojos cuántas veces se han cerrado para impedir que el llanto siga fuera! Cuántas veces gozosa estremecióse si alguno se acercaba...

Y cuántas, ¡oh dolor! desesperóse al ver que, indiferente, se alejaba...

Vosotras, las que Dios ha engalanado con sus galas mejores; las de rostro bonito y sonrosado, ¿qué sabéis de dolores?

¿Qué entendéis de pasar inadvertida donde el mundo gozoso se recrea? ¿Para el daño sentir de tal herida es preciso ser fea!

C. JORNET.

NECROLOGÍA

En el Algar donde residía ha fallecido hoy la virtuosa señora D.^a Matilde Rentero Jimenez.

Joven, en la plenitud de la vida y no haciendo pensar en cuantos la trataran tan funesto desenlace, deja este mundo rodeada de una familia amantísima.

Su carácter franco y amable y su fino trato le atraían la simpatía y cariño de todos, siendo su muerte sentida por cuantos tuvieron la dicha de conocerla.

A sus hijos y demás familia le enviamos nuestro más sentido pésame, en particular á su padre D. Esteban y á su viudo D. Juan Rosique Sarano á quien distinguimos y acompañamos en su sentimiento.

TEATRO PRINCIPAL

Hermoso aspecto presentaba ayer tarde el Teatro Principal en la sección vermuth. Todo el teatro fué como de costumbre ocupado por un público distinguido.

Se puso en escena la graciosa comedia de D. Miguel Echegaray, titulada «Mimo», que desempeñaron todos los artistas de la compañía Espantaleón con el mayor esmero.

La señora Victorero fué muy aplaudida, pues tiene un acierto singular en el desempeño de sus papeles: y las señoras Garzón, Giménez, y Abienzo, contribuyeron al mayor éxito de la obra.

Los actores bien todos y especialmente los señores Espantaleón (padre é hijo) y Noguerras, que como siempre rayaron á gran altura no desmereciendo en nada la labor de los señores Peña, Castaños y Pérez Martín.

La obra agradó mucho é hizo pasar un rato muy agradable á la concurrencia, con lo que se demostró que en el teatro antiguo existen comodios de gran relieve y que gustan tanto como las modernas.

Por la noche se eprésentó la comedia de Reparaz y Abati titulada «Los hijos artificiales» interpretada con muy buen acierto por las señoras Garzón, Abienzo, Coronado, Giménez, señoritas Lombra y Montosa y los señores Espantaleón (H), Noguerras, Peña Martín, Carmona y Basilio.

Hoy principia un nuevo abono de diez funciones solo para la sección vermuth y en breve se estrenará «Jymmi y Samsón.»

El eclipse de mañana

Monsieur Fayete, astrónomo del Observatorio de Niza publica en «La Revista Científica», un interesante estudio sobre el eclipse de sol que se verificará mañana.

Aparte de las sabias explicaciones que dá acerca del fenómeno, así mismo precisa las observaciones que podrán hacerse á la simple vista.

En los instantes que preceden ó siguen inmediatamente la á fase total, los objetos sufren á veces bruscas variaciones de resplandor, como si los rayos de luz antes de llegar á ellos, hubiesen cogiornado un cuerpo sometido á una alta temperatura; también suele producirse la aparición de franjas ó bandas alternativamente claras y sombrías, moviéndose en forma paralela. Las observaciones hechas en América durante el eclipse de Mayo de 1900, tienden á probar que esa aparición es debida á los movimientos del aire en las inmediaciones del lugar de observación. Si esta explicación fuera exacta, resultaría que la sombra producida por esos movimientos debería ser tanto más acentuada cuanto que el manantial luminoso fuese de una extensión angular menos considerable; ó de otra manera, sobre todo, producirse en la proximidad y un poco fuera del periodo de totalidad.

Monsieur Fayete; demuestra que en el caso de que esta aparición se produjera, sería útil notar simultáneamente la dirección del viento, su intensidad, así como la forma, la velocidad de las bandas y la dirección en que se muevan.

Vaillant.—¡Ella me siguió porque así lo quiso!

Presidente.—Cuando estuvo usted en Choisy se dedicó á preparar el atentado. Para ello estudió usted la química.

Vaillant.—Tenía fórmulas de explosivos desde que me marché á América.

Presidente.—Conocía usted la manipulación de los tubos de cristal?

Vaillant.—Estuve empleado en una fábrica de termómetros.

Presidente.—Usted no tenía dinero. ¿Cómo se procuró usted recursos?

Vaillant.—Recibí cien francos de un *cambrioleur*.

Presidente.—Y veinte de madame Reclus.

Vaillant.—Eran para las necesidades de mi hogar.

Presidente.—Cuando se ausentaba usted cerraba con sumo cuidado los bañes y los armarios. Por entonces usó usted un hombre supuesto, el de Marchal. Al entrar en el Congreso dijo que se llamaba Dumont.

Vaillant.—Es exacto.

Presidente.—Pidió usted el jueves una tarjeta de entrada á M. Argéles, quien le dijo que no disponía ya de ninguna. Entonces se la pidió usted.

hubiera sabido que era yo el autor del atentado.

Presidente.—Envío usted á Paul Reclus fotografías y unos cuantos papeles.

Vaillant.—Sí, para que se imprimiesen, también le manifesté mi sentimiento por haber hecho víctimas inocentes.

Presidente.—¿Le decía usted en una de sus cartas que si no había tenido éxito su atentado, en otro tendría mejor suerte?

Vaillant.—Es de desear.

Presidente.—¿De suerte que usted no ha tenido éxito?

Vaillant.—No, porque bien á pesar mío, resultaron heridos algunos inocentes.

Presidente.—Luego, aconsejado por la prudencia, declaró usted que no había querido matar, sino sencillamente realizar un acto de propaganda.

Vaillant.—Exactamente.

Presidente.—Pero á juzgar por una carta que obra en autos, la propaganda de usted consistió en destruir un edificio ó unos cuantos burgueses.

Vaillant.—Preferí herir á un gran número de di-

querido ver la sala para haber lanzado mi proyectil en medio de la Cámara. Está lo demasiado pronto.

Presidente.—Y las personas contra quien dirigía usted su bomba resultaron ileso.

Vaillant.—No fué mia la culpa; hubiera querido mejor herir á todos los diputados que á una sola de las personas lesionadas.

Presidente.—Sin embargo, también eran burgueses.

Vaillant.—Yo iba contra los parásitos, contra los burgueses que no producen.

Presidente.—¿Ha dicho usted que pretendía dirigir algunas palabras á los diputados?

Vaillant.—Sí, señor.

Presidente.—¿Se precipitó usted hacia la puerta tratando de huir?

Vaillant.—Sali el último.

Presidente.—Rompió usted una vidriera, y el continela tuvo que contentarse con la bayoneta.

Vaillant.—Eso es falso.

Presidente.—Al principio negó usted ser el autor del atentado.

Vaillant.—Nadie me preguntó.

Presidente.—Luego manifestó su deseo de culpar á las víctimas que usted había hecho, y que estaban en el hospital.

Vaillant.—Sin mi espontánea declaración nadie